



Apóstoles para los jóvenes

Día del Seminario 2018



Catequesis para niños, jóvenes
y adolescentes



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Catequesis para niños

Proclamación de la Palabra

«Fijándose en Jesús que pasaba, [Juan el Bautista] dice: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabbí (que significa Maestro), ¿dónde vives?”. Él les dijo: “Venid y lo veréis”. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevé a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro).

Al día siguiente, determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: “Sígueme”. Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: “Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret» (Jn 1, 36-45).

Desarrollo

Si miramos a Jesús podemos encontrar el rostro de Dios, nuestro Padre. ¡Qué interesante debe ser estar con Él durante un largo rato para descubrir la mirada amorosa de Dios Padre! Como Juan y Andrés, todos los hombres tenemos unos deseos muy grandes. *Puedes pensar y compartir con qué cosas te gustan, o qué cosas te han asombrado mucho en tu vida. Podéis hacer una lista y ver qué tienen en común.*

Seguro que de la lista sacáis la idea de que queréis ser muy felices, y que eso pasa por ser muy querido y poder querer a los demás. Es decir, que tenemos un deseo muy grande de vivir con Dios, ya que Dios es amor.

Jesús escogió a los Apóstoles y los envió para que, en su compañía, todos pudieran experimentar la alegría de conocer su amor. Cuando alguien te envía un paquete, lo menos importante es el mensajero, pues estamos esperando lo que nos trae el mensajero. Los Apóstoles, con su vida, sus obras y su predicación, traían a Jesús. Así lo experimentaron también entre ellos. Aunque Jesús todavía no les había enviado, después de pasar un rato con Él, Juan y Andrés fueron a llevar su experiencia a otros que se iban encontrando.

Los obispos son, hoy, los sucesores de los Apóstoles. Ayudados por los presbíteros nos traen hoy esa presencia de Jesús. Su compañía nos da a Jesús. Así lo quiso el Señor. En los gestos y palabras que los sacerdotes hacen y dicen en nombre de Jesús, Él está verdaderamente, y podemos así encontrarle.

¿Alguna vez has tenido la experiencia de hablar con un sacerdote? Si lo hiciste, ¿qué es lo que más te ayudó? ¿Cómo podrías hacer para acercarte y compartir con un sacerdote algo que te preocupe? ¿Te gustaría que te ayudaran a escuchar mejor la voz del Señor, y poder pasar con Él ratos como el que pasaron Juan y Andrés?

En esta catequesis nos acordamos especialmente del seminario. ¿Sabes lo que es el seminario? Es el lugar donde muchos chicos, pequeños y mayores, que han tenido una experiencia como la de Juan y Andrés, o la de Felipe y Natanael, se preparan para llevar el Evangelio a los demás. Es un tiempo como ese de las cuatro de la tarde que leíamos en el Evangelio. Allí conocen más a Jesús, y tratan con Él como con un amigo. Después de ese tiempo, la Iglesia los ordena sacerdotes y los envía para que, viviendo lo mismo que

vivían en el seminario, lo hagan en medio de nuestros barrios. Así nos ayudan con su experiencia, y el poder que Jesús les ha dado en la ordenación, a estar bien cerca de Él.

Esto son los sacerdotes, apóstoles para anunciar y lleva a Jesús a los jóvenes y a los niños, a los ancianos y adultos, a todos sin distinción. Su lugar de formación es el seminario, y hoy necesitan que nos acordemos de ellos, que pensemos en lo importante que es lo que viven allí, pues ¡mañana serán nuestros sacerdotes! Son ellos los que nos traerán la presencia de Jesús por medio de su vida, nos anunciarán la alegría del Evangelio y nos reunirán para formar una comunidad cristiana viva y unida, donde todos podamos querernos bien.

Compromiso

Hay muchas maneras de vivir este día. La primera, dedicando un rato en la catequesis a rezar por nuestro seminario, por los seminaristas y todos los que les ayudan en su camino. La segunda, quizá un poco más lejana, es ayudando a que puedan llevar una vida normal, donde no les falte lo necesario para poder prepararse bien. Comer, estudiar, mantener una casa, o ir a las parroquias donde ayudan muchos días, requiere un esfuerzo de dinero. Valoremos esa vida y pensemos en si podemos poner algún donativo, aunque sea pequeño, para colaborar a formar grandes sacerdotes. Quizá en casa podemos hablar para ver cómo nuestra familia puede ayudar.

¿Alguna vez has ido al seminario de tu diócesis? ¿Qué te pareció? Quizá puedes acercarte un día con tu grupo a conocerlo, o conocer a algún seminarista que os cuente por qué empezó este camino. En este vídeo puedes ver algún testimonio de por qué algunos sacerdotes entraron al seminario: <https://youtu.be/hTUMNaoFfOM>

Para acabar, te propongo que recemos esta oración por el seminario, para que Dios siga llamando a muchos chicos al sacerdocio. ¡Y quién sabe si de este grupo puede que alguno escuche esa voz de Jesús que le llama a seguirle para ser su apóstol en medio del mundo!

Dios Padre, que con el ejemplo de tu Hijo nos enseñas que no hay verdadero amor sin la entrega generosa de la propia vida, ayuda a aquellos que se preparan en nuestros seminarios a ser pastores según tu corazón.

Que sean en medio de nuestra sociedad tus ojos y tus manos, para ver, curar y acompañar a tantos que quedan heridos en el camino. Que no falten en tu Iglesia jóvenes dispuestos a servirte según tu voluntad, que con su vida y su palabra muestren a los demás tu amor misericordioso.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Amén.

Catequesis para adolescentes y jóvenes

Introducción

Celebramos en estos días el Día del Seminario. Este año, con el lema «Apóstoles para los jóvenes», ya que en octubre tendrá lugar un Sínodo, una reunión de los obispos con el papa, para tratar sobre los jóvenes, su acompañamiento y el discernimiento de la vocación.

Sobre vocación, jóvenes y acompañamiento saben mucho en los seminarios, esas “casas” donde jóvenes que han discernido la llamada de Dios a ser sacerdotes son acompañados para poder llegar a serlo algún día. Ellos serán, el día de mañana, los que acompañen a los jóvenes en el camino de una vida apasionante.

Para romper el hielo (15 minutos)

Sugerimos la proyección de un vídeo sobre la vida de los sacerdotes, que pueda ambientar en qué consiste su vida:

— <https://youtu.be/hTUMNaoFfOM>

— <https://youtu.be/v0EdIZuitQY>

Proclamación (charla/testimonio de no más de 15 minutos)

A. Texto base:

«Fijándose en Jesús que pasaba, [Juan el Bautista] dice: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabbí (que significa Maestro), ¿dónde vives?”. Él les dijo: “Venid y lo veréis”. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro).

Al día siguiente, determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: “Sígueme”. Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: “Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret» (Jn 1, 36-45).

B. Pautas para el catequista

La señal de que nos acercamos a Jesucristo es que sentimos el riesgo de que nos pida la vida, y quizá a algunos en un seguimiento más estrecho de su vida. Por eso, la primera pregunta que deberíamos hacernos es si somos, como dice el papa, jóvenes de sofá. Estos jóvenes son esos que viven dejando que la vida les viva, sin dejar huella, sin hacer nada que realmente merezca la pena. Son esos jóvenes que no quieren que pase nada que les comprometa en sus vidas. Son

jóvenes sin corazón, muertos, que se conforman con poco, y a los que les deja indiferentes cómo viven los que están a su lado, y los que hacen la ropa que llevan o la televisión que miran en el sillón en el que se reclinan. Son jóvenes injustos consigo mismos y con los demás. Consigo mismos porque no buscan realmente lo que quieren y podrían encontrar, sino que esperan a que alguien se lo dé. Así se van perdiendo la vida, que es como una forma de maltratarse. Son injustos con los demás, porque tienen cosas de las que otros están privados, o que incluso son fabricadas bajo sistemas precarios o esclavistas, no se toman su vida con la responsabilidad y la seriedad suficientes como para merecer lo que los que trabajan merecen y no tienen. En pocas palabras, son jóvenes que no quieren ser protagonistas de su propia historia.

Pero no, todo esto no es para culparles. Muchos están dormidos, o anestesiados desde que nacieron, porque no han podido pensar más allá de su sistema. Otros, en cambio, no han visto a nadie sufrir, o para evitarles el dolor se les ha dado de todo. Otros, simplemente, no tienen la oportunidad real de dejar huella, de implicarse en serio en el mundo, y son degradados a niveles injustos, acabando muy asqueados de su propia vida. Quizá podemos decir que son víctimas de estructuras anteriores a ellos. No son culpables, pero corren el riesgo de serlo.

Jesucristo no quiere jóvenes de sofá, y por ello sale a su encuentro, como lo hizo con Juan y Andrés. Ellos corrían el riesgo de quedarse toda la vida admirando a Juan el Bautista, aunque él no dejaba de sembrarles la inquietud más allá de sí mismo: «Yo no soy el Mesías». Como Jesús no quiere admiradores, sino protagonistas de la historia, salió al encuentro de aquellos jóvenes que pasaban su vida a la orilla del Jordán, esperando que apareciera el Cordero de Dios, el Mesías. Y aquí viene la segunda pregunta: ¿cuáles son nuestros deseos?

Juan y Andrés no imaginaban que Jesús les fuera a invitar a ir con Él, a acompañarle, para así acompañarlos a ellos en sus deseos más profundos. Caminando con Cristo ahondaban en lo que también Juan había sembrado en sus corazones: el deseo de ver algo grande y formar parte de ello. Ahora tenía nombre y rostro: Jesucristo. ¿Cómo no les iba a entrar la curiosidad? «Maestro, ¿dónde vives?» «Venid y lo veréis». Y fueron, y vieron, y les cambió la vida. Ese encuentro les cambió la vida. En adelante ya no habría más tardes en el río, más días en el lago a ver si aparecía algo. Ya no esperarían a que las cosas pasaran, sino favorecerían el que pasaran. Ante la belleza de Cristo dejaron el letargo de las promesas, y se abrieron al seguimiento de la fe. Les esperaba una vida grande, la vida de Dios, porque era la vida con Dios. Amigos de Dios, en su compañía lo compartirían todo.

Celebrando el Día del Seminario queremos caer en la cuenta de que, como dice el lema, en los seminarios se preparan aquellos a los que Jesús llama a llevar a los jóvenes la buena noticia de la Salvación, a ser Apóstoles de los jóvenes. Como hicieron Juan el Bautista y Jesús, Dios da a los jóvenes hoy una compañía que los ayude a apuntar alto, a mirar más arriba, a dejarse complicar para tener una vida apasionante. Estos Apóstoles son los sacerdotes, los que se formaron en el seminario, y los seminaristas que hoy se están formando para mañana ser sacerdotes.

«Se lo pido especialmente a los pastores de la Iglesia, a los obispos y a los sacerdotes: sois los responsables principales de la vocación sacerdotal y cristiana, y esta tarea no puede ser relegada a una oficina burocrática. Vosotros también habéis experimentado un encuentro que cambió vuestra vida, cuando otro sacerdote (...) hizo sentir la belleza del amor de Dios. Haced lo mismo vosotros, saliendo, escuchando a los jóvenes –hace falta paciencia– y así podréis orientar sus pasos»¹.

¹ FRANCISCO, *Discurso* a los participantes en el Congreso de pastoral vocacional (21.X.2016).

Está claro. Para poder tener una vida grande necesitamos dejarnos acompañar. Solo en los encuentros se desvela la verdad. Solo en el encuentro sorprendente aparece Jesucristo. Solos no podemos sostener nuestra fe, uno se vuelve a la anestesia. ¡Qué importante es el acompañamiento! ¡Nos contamos y creemos tantas mentiras! ¡Nos relegamos a tan poco! Los jóvenes necesitan del apostolado de los sacerdotes, de la verdad que ellos les pueden ayudar a conocer. ¿Los catequistas también nos dejamos acompañar? Cuéntales tu experiencia, será mucho mejor que todo lo que has leído antes. ¿Cómo os ayuda a vivir el acompañamiento espiritual que os brindan los sacerdotes?

Para acabar es bueno que se hable de la importancia que tiene el seminario. Es el lugar en el que los futuros sacerdotes están formándose. Por eso tenemos el deber de rezar por los seminaristas, por las vocaciones, y por los que ayudan a los seminaristas en su camino. Si queremos pastores que nos acompañen y nos ayuden a vivir una vida auténtica desde la voluntad de Dios, ¡qué menos que rezar por ellos!

Compartir

(20 minutos en pequeños grupos con un moderador)

- ¿Soy un joven de sofá? ¿Soy consciente del mal que eso produce en mí y en otros? ¿Cómo podría hacer para salir de la inercia de la vida y cogerla por el mango?
- ¿Qué deseos tengo para mi vida? ¿Son grandes o se quedan raquíticos?
- ¿Qué experiencia tengo de ser acompañado por un sacerdote? ¿Hay algo que me dé miedo a la hora de compartirle mi vida? ¿Creo que me puede ayudar?

- ¿Qué pasaría si sintiera en mi corazón la llamada a acompañar a los hombres para que sintieran que su vida está muy cerca de Dios y que les llama a una vida grande? ¿Me daría miedo?
- ¿Qué relación tengo con el seminario? ¿Conozco a algún seminarista? ¿Qué me parece? ¿Qué podríamos hacer para acercarnos más a esa realidad?

Oración

(10 minutos, a ser posible en una capilla o templo)

1. Podemos comenzar con la canción de la Hermana Glenda: «Maestro, ¿dónde vives?» <https://youtu.be/PJcTizLLqVI>
2. Leer despacio el primer encuentro de Juan y Andrés con Jesús. Posteriormente pedir a los jóvenes que se imaginen en el lugar de los discípulos y recreen la historia. Después de un rato en silencio para que puedan realizar el ejercicio, dar gracias por lo que Dios ha dicho a cada uno escribiéndolo en un papel.
3. Para terminar se puede rezar con la estampa de la oración que se adjunta con este material.

